

reciba. Entre tanto, envíame un rizo tuyo para ponerle sobre mi corazón. Amada Lucila mía, he vuelto al tiempo de nuestros primeros amores, en que cualquiera me interesaba sólo por salir de tu casa. Ayer, cuando el ciudadano que te ha llevado mi carta ha estado de vuelta, le dije: «¡Y bien! ¿La habeis visto?» Y me quedé absorto mirándole, como si en su traje ó en su persona hubiese quedado alguna cosa de tu presencia, alguna cosa de tí. Es un alma caritativa, pues que te ha entregado mi carta sin tardanza. Yo le veré, según parece, dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Este mensajero de mis dolores es tan amado de mí como lo fué en otro tiempo el de mis placeres.

»He descubierto una rendija en mi aposento, he aplicado el oído, y he oído quejarse; he aventurado algunas palabras, y he percibido la voz de un enfermo que se quejaba; me ha preguntado mi nombre y se lo he dicho. «¡Oh Dios mío!» — ha exclamado al oírle, dejándose caer sobre su cama, en donde se había incorporado. He reconocido distintamente la voz de Fabre d'Eglantine. «Sí, yo soy, — me ha dicho; — pero ¿tú aquí? ¿Con que se ha verificado la contrarrevolucion?»

»Sin embargo, no nos atrevimos á hablar, temerosos de que el odio nos quitase este débil consuelo, y de que si nos oían nos separasen y encerrasen con más rigor, porque él tiene un cuarto con chimenea, y el mío es tan hermoso como puede serlo un calabozo. Tú no puedes imaginarte lo que es estar incomunicado sin saber por qué, sin haber sido interrogado y sin recibir un periódico. Es vivir y estar muerto á la vez. Es existir sólo para conocer que se está en un sepulcro. ¡Y es Robespierre el que ha firmado la orden de mi encarcelamiento! ¡Y es la república la que me tiene aquí, después de todo lo que he hecho por ella! ¡Es éste el premio que recibo por tantas virtudes y tantos sacrificios! ¡Yo que me he sacrificado hace cinco años á tantos odios y á tantos peligros por la república! ¡Yo que he conservado mi pobreza en medio de la revolución! ¡Yo que no tengo que pedir perdón sino á tí sola en el mundo, y á quien tú se lo has concedido porque sabes que mi corazón, á pesar de sus debilidades, no es indigno de tí! ¡Yo á quien unos hombres que se llaman mis amigos, que se titulan republicanos, sumen en un calabozo como si fuese un conspirador! Sócrates bebió la cicuta, pero al menos veía en su prisión á sus amigos y á su mujer.

»¿Qué duro es el estar separado de tí! El criminal mayor sería demasiado castigado si le arrancasen de los brazos de una Lucila, á no ser por la muerte, que al menos no dura sino un momento. Aquel dolor no puede compararse con el de esta separación. Me llaman...

»En este momento, los comisionados del tribunal revolucionario han venido para interrogarme... No se me ha hecho más que esta pregunta: que si yo había conspirado contra la república. ¡Qué irrisión! ¿Y es posible que se insulte de este modo el republicanism más puro? Veo la suerte que me espera. Adios, Lucila; dí adios á mi padre. Mis últimos momentos no te deshonrarán. Muero á los treinta y cuatro años. Veo que el poder embriaga á casi todos los hombres, que todos dicen como Dionisio de Siracusa: «La tiranía es un bello epitafio». Pero consuélate, el epitafio de tu pobre Camilo es más glorioso: es el de los Brutos y el de Catón. ¡Oh mi amada Lucila! Yo había nacido para hacer versos, para defender á los desgraciados, para hacerte dichosa y para componer con tu madre, mi padre y algunas otras personas, según nuestro corazón, un Otaiti. Yo había soñado una

república en que todo el mundo hubiese adorado; no podía creer que los hombres fuesen tan feroces y tan injustos. No se me oculta que muero víctima de mi amistad con Danton. Doy gracias á mis asesinos por hacerme morir con él y con Philippeaux. Perdóname, amada mía, mi verdadera vida, vida que yo he perdido en el momento que nos han separado. Me ocupo de mi memoria, y debía más bien ocuparme en hacértela olvidar, Lucila mía. Te suplico que no me llares á gritos, porque éstos despedazarían mi corazón hasta en el sepulcro. Vive para nuestro hijo; háblale de mí, y dile lo que aún no puede entender: ¡dile que yo le hubiera amado mucho! A pesar de mi suplicio, creo que hay un Dios. Mi sangre borraré mis faltas, las debilidades de la humanidad; y lo que he tenido de bueno, mis virtudes, mi amor por la libertad, Dios me lo recompensará. Volveré á verte algún día, Lucila. Sensible como yo lo era, la muerte que me liberta de la vista de tantos crímenes no es una gran desgracia. ¡Adios, vida mía, alma mía, mi única divinidad sobre la tierra! ¡Adios, Lucila, Lucila mía, amada Lucila mía! ¡Adios, Horacio, Anita, Adela! ¡Adios, padre mío! Las playas de la vida se escapan ya á mi vista. ¡Todavía veo á Lucila! ¡Sí, te veo, amada mía! ¡Lucila mía! Mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza separada del tronco fija aún en tí sus moribundos ojos, próximos á cerrarse por toda una eternidad.»

## X

Danton, tranquilo por el interés que el pueblo le demostraba, parecía ménos un acusado que un faccioso que da á la multitud la señal de la insurrección. Las ventanas del tribunal estaban abiertas. Danton oyó el rumor sordo de la multitud que estaba apiñada alrededor de las paredes, y hablaba en un tono tan alto que se le oía fuera del recinto, dando por momentos tales rugidos que su voz llegaba hasta el otro lado del Sena á los curiosos que llenaban el muelle de la Ferraille, circulando de boca en boca las palabras que pronunciaba: «Pueblo, — dijo Danton al público que murmuraba alrededor, — callad; me juzgareis cuando lo haya dicho todo. Mi voz no debe hacerse oír sólo de vosotros, sino de toda Francia.» La campana de la insurrección parecía sonar en su pecho, su ademán aterraba á los jueces, á los jurados y al auditorio. La campanilla del presidente Hermann no cesaba de agitarse para imponer silencio. «¿No oyes la campanilla?» — le dijo éste al fin. «Presidente, — le respondió Danton, — la voz de un hombre que defiende su vida debe sofocar el ruido de tu campanilla.»

Por una claraboya de la imprenta del tribunal que daba al lugar donde tenían las sesiones, muchos miembros de los comités asistían sin ser vistos á la representación de aquel drama. Hermann y Fouquier-Tinville parecían desconcertados. El público se volvía en favor de Danton; éste lo conocía y redoblaba su insolencia. Los miembros del comité hicieron señal al presidente para cerrar aquel peligroso diálogo entre él y los acusados. El presidente rehusó la palabra á Camilo Desmoulin, que se había levantado para leer la defensa que tenía preparada. Indignado Camilo, se sentó, y rompiendo el escrito que tenía en la mano, arrojó los pedazos sobre el estrado. Pero de pronto, como si lo hubiese pensado mejor, los recogió, y haciéndolos bolitas con los dedos, las fué tirando á la cabeza á Fouquier-Tinville. Danton se bajó é hizo otro tanto, no, como se ha creído hasta ahora, por un juego

énico, pueril é indigno del hombre y del momento, sino con la accion significativa y trágica de un acusado á quien se quitan los medios de probar su inocencia, y que arroja en un acceso de indignacion, con los restos deshechos de su defensa, su sangre y la de sus acusados á la cara de sus jueces, como una venganza y una maldiccion.

Los fragmentos de la defensa de Camilo Desmoulins, recogidos despues de la sesion en el estrado del tribunal por uno de los amigos de Danton, se remitieron á madama Duplessis, madre política de Camilo, y fueron reunidos por aquella señora para pedir venganza ó compasion á la posteridad.

Los acusados volvieron á su calabozo. Alarmado el comité de salud pública, no se atrevia ni á soportar un debate más largo ni á interrumpirlo. La ley exigia que los debates durasen á lo ménos tres dias. La sesion del dia siguiente podia dar la libertad y el triunfo á los dantonistas. Una circunstancia fatal iba á servir á la impaciencia del comité.

Los presos del Luxemburgo, llenos de confianza en la popularidad de Danton, resolvieron aprovechar la emocion causada por su proceso para excitar un movimiento en el pueblo, abatir la tiranía y libertarse de la muerte. Celebróse una conferencia nocturna en la habitacion del general Dillon, entre Chaumette y algunos de los principales presos, de concierto con algunos individuos de fuera de la cárcel. La mujer de Camilo Desmoulins debia arrojarse en medio del pueblo, sublevar á la multitud con su belleza, su dolor y sus clamores, y arrastrarla contra la Convencion. El antiguo presidente del tribunal revolucionario, Antonelle, tuvo noticia de aquel complot.

Un preso llamado Laflotte lo reveló. Saint-Just se apresuró entónces á convocar la Convencion. Billaud-Varennes leyó allí la carta de Laflotte. La Convencion decretó que todo iniciado de conspiracion fuese puesto en seguida fuera de los debates y privado del derecho de defensa. Vadier, Amar y Vouland, miembros del comité, fueron á toda prisa á llevar á Fouquier-Tinville el decreto, ó por mejor decir, la sentencia de muerte de los acusados. Fouquier leyó aquel decreto delante de los jueces. Danton se levantó, y dijo: «Tomo por testigo al auditorio de que nosotros no hemos insultado al tribunal». El auditorio confirmó con sus aplausos el aserto de Danton. Indignada la multitud, se agitó y se estrechó como para arrebatarse á los acusados. Si á la mujer de Camilo Desmoulins no la hubiesen puesto presa por la noche, si hubiera podido dar con su presencia una voz y una pasion más á aquel tumulto, los acusados se salvaran, y el comité queda vencido.

Pero todo fracasó por falta de impulso. Danton trató en vano de protestar aún. «Un dia,—exclamó,—un dia llegará en que la verdad sea conocida: veo caer grandes desgracias sobre Francia. ¡Ved ahí la dictadura!» Reparando en lo interior de un corredor en Amar y Vouland, confidentes de Robespierre, que acechaban lo que pasaba, dijo señalándolos con la mano: «Mirad, mirad á esos cobardes asesinos; no nos dejarán en paz hasta despues de muertos». «¡Malvados! —exclamó Camilo Desmoulins.—¡No contentos con degollarme, quieren degollar tambien á mi mujer!»

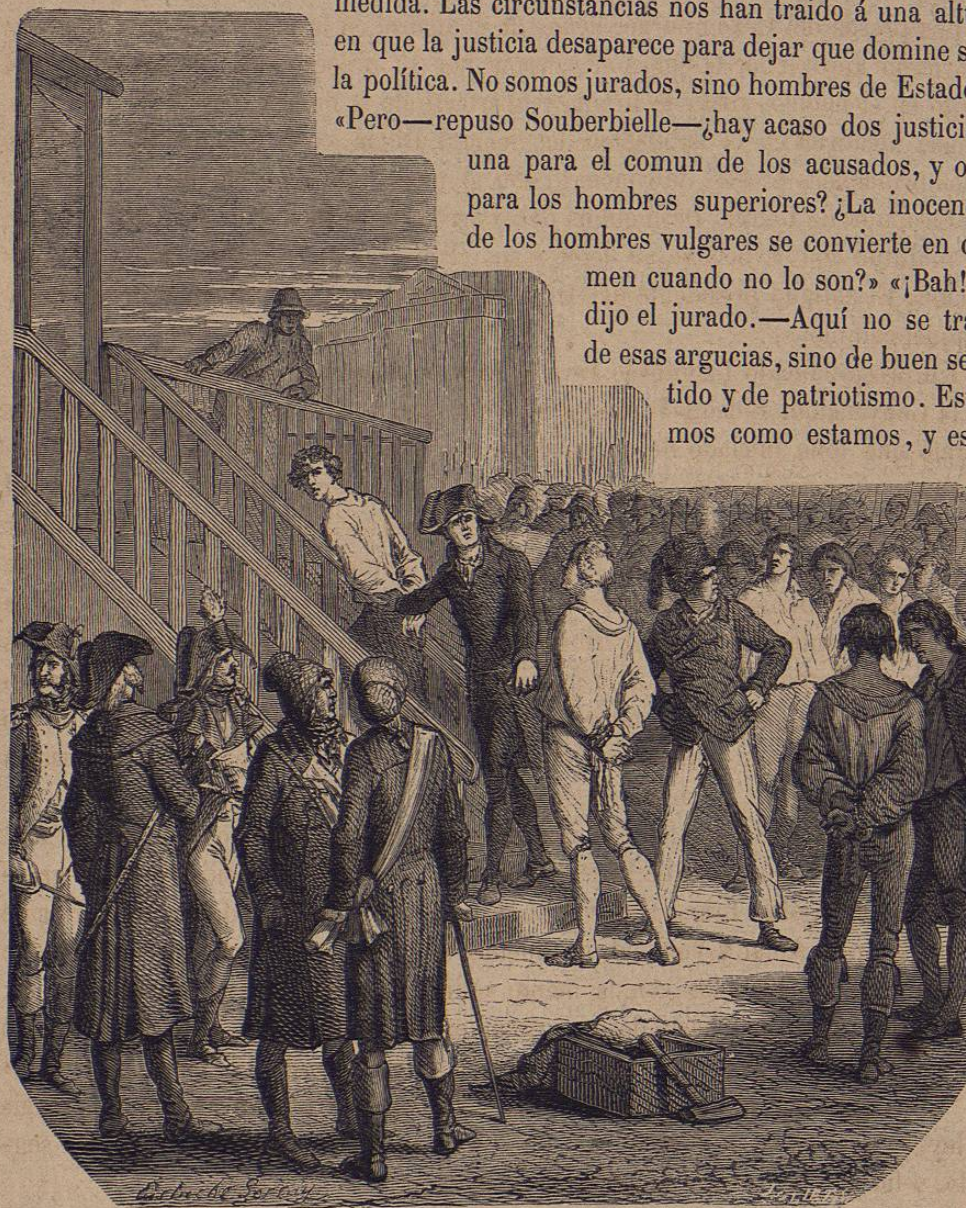
El tribunal levantó la sesion. Al otro dia, habiendo pasado los tres que exigia la ley, se declaró cerrado el debate. Camilo se agarró al banco en que estaba sentado, y fué preciso sacarle de allí á viva fuerza.

Los jurados se reunieron y deliberaron mucho tiempo, habiendo comunicado

durante la conferencia con los enemigos de los acusados. Una ansiedad terrible pesaba sobre sus conciencias. Ninguno de ellos creia en los crímenes de Danton. Todos creian en sus vicios y en su poder. La mayoría estaba al parecer indecisa. Acalorados los miembros del tribunal, y divididos en opinion, trataban de arrancarse unos á otros la vida ó la muerte de aquellos hombres. Souberbielle, antiguo amigo de los acusados, era el que más habia vacilado entre todos; amaba á Danton y temia á Robespierre, pero sobre todo adoraba la república. En la agitacion de sus reflexiones, se paseaba con paso incierto en un corredor que precedia á la sala de las deliberaciones. Uno de los colegas de Souberbielle, Topino-Lebrun, se le acercó. «Y bien, Souberbielle,—le dijo,—¿qué haces aquí?» «Estoy meditando sobre el acto terrible que quieren obtener de nosotros»,—respondió Souberbielle. «Yo ya he meditado»,—repuso el jurado. «¿Y qué has decidido?»—le preguntó Souberbielle. «Me he dicho,—replicó el otro:—esto no es un proceso, sino una

medida. Las circunstancias nos han traído á una altura en que la justicia desaparece para dejar que domine sólo la política. No somos jurados, sino hombres de Estado.»

«Pero—repuso Souberbielle—¿hay acaso dos justicias, una para el comun de los acusados, y otra para los hombres superiores? ¿La inocencia de los hombres vulgares se convierte en crimen cuando no lo son?» «¡Bah!—dijo el jurado.—Aquí no se trata de esas argucias, sino de buen sentido y de patriotismo. Estamos como estamos, y esto



Danton y Herault de Sechelles al pié del cadalso.—Pág. 359.

basta. La república se encuentra en una de esas situaciones apuradas en las que un juicio no es una justicia, sino una elección. Danton y Robespierre no pueden estar de acuerdo. Es menester, para salvar la patria, que perezca uno de ellos. Interrogate como buen patriota, y responde á tu conciencia. ¿Cuál crees tú más indispensable en este momento á la república, Danton ó Robespierre?» «Robespierre»,—respondió sin titubear Souberbielle. «Pues ya has juzgado»,—repuso Topino alejándose.

## XI

Vueltos á su calabozo para esperar la hora del suplicio, los sentenciados prescindieron de la serenidad que habian mostrado en público, descubriéndose tal como eran delante de la muerte. Herault de Sechelles estuvo impasible como aquellos romanos cuya imágen tenia impresa en el corazón. Como discípulo de Juan Jacobo Rousseau, sacó del bolsillo un libro de aquel filósofo, leyó algunas páginas, y se felicitó por salir de un mundo cuyas preocupaciones y supersticiones habia combatido para hacer prevalecer la naturaleza y la razón. «¡Oh maestro mio!—exclamó cerrando el libro.—Tú tambien has sufrido por la verdad, y yo voy á morir por ella. A tí te ha tocado ser su genio, y á mí su mártir. Tú eres un grande hombre; pero ¿cuál es más filósofo de nosotros dos?» Este era el mismo pensamiento que el jóven representante del pueblo habia hecho grabar en algunos versos encima de la puerta de la pequeña casa que habitaron Juan Jacobo Rousseau y madama de Warens, en el valle de Charmettes, cerca de Chambéry, y que aún se leen allí.

Aquella imágen de la naturaleza, de la soledad y del amor fué la última que se presentó al espíritu de Herault de Sechelles en el momento de dejar la vida. Ni una sola lágrima ablandó su constancia, y su firmeza no tuvo nada de afectada.

Westermann se mostró intrépido. Philippeaux se sonreía como una conciencia que confía en sus buenas acciones. Camilo Desmoulins quiso leer á Young y á Hervey, los dos famosos poetas de la agonía. «Tú quieres morir dos veces»,—le dijo chanceándose Westermann. Pero el libro caía á cada momento de las manos de Camilo, que volvía sin cesar á la imágen de su esposa adorada y presa, de su hijo huérfano, y de su madre política abandonada. «¡Oh Lucila mia! ¡Oh Horacio mio!—exclamaba deshaciéndose en lágrimas.—¿Qué será de vosotros?»

Danton aparentaba indiferencia, lanzando palabras con profusion para que sirviesen de medallas con su busto arrojadas desde la orilla de su sepulcro á la posteridad. «Crean que pueden pasar sin mí,—decía,—y se engañan. Yo soy el hombre de Estado de Europa. No conocen el vacío que va á dejar esta cabeza,—decía apretándose las mejillas con las palmas de sus grandes manos.—En cuanto á mí, me río,—añadía en términos cínicos.—He gozado bien del momento de mi existencia. He metido mucho ruido sobre la tierra, y he saboreado á placer los goces de la vida. ¡Vamos á dormir!» Y hacía con la cabeza y con el brazo la acción de un hombre que reposa la cabeza sobre una almohada.

A las cuatro, los criados del verdugo fueron á atar las manos á los sentenciados y á cortarles el cabello, á lo que se prestaron sin resistencia, sazonando con sarcasmos aquel tocado fúnebre. «Esto es muy bueno para esos imbéciles que nos van á ver en las calles,—dijo Danton.—En la posteridad apareceremos de otro modo.» No demostró más culto que el de la fama, y no aparentó otro deseo que el

de sobrevivir á la memoria de las gentes. Su inmortalidad la hacía consistir en el ruido de su nombre.

Camilo Desmoulins no podía creer que Robespierre dejase ejecutar á un hombre como él, confiando hasta el último momento en su antigua amistad. Hablaba de él con miramiento, y hasta con respeto, desde que estaba preso, dirigiéndole súplicas, en vez de aquellas injurias que el orgullo no perdona jamás. Cuando los ejecutores quisieron asir á Camilo para atarle como los demas, luchó desesperadamente contra aquellos preparativos, que no le dejaban ninguna duda sobre su muerte. Sus imprecaciones y su furor convirtieron por un momento aquel calabozo en una especie de matadero; fué necesario arrojarle al suelo para maniatarle y cortarle el cabello. Sujeto ya y atado, suplicó á Danton que le pusiese en la mano un rizo de Lucila que llevaba encima, á fin de estrechar contra su corazón alguna cosa de ella al tiempo de morir. Danton le hizo aquel piadoso obsequio, y se dejó atar sin resistencia.

En una sola carreta fueron los catorce sentenciados. El pueblo señalaba á Danton, respetándose á sí mismo en su víctima. Aquel suplicio se parecía algun tanto á un suicidio del pueblo. Un pequeño número de hombres andrajosos y de mujeres pagadas seguía la carreta, llenando á los sentenciados de imprecaciones y de silbidos. Camilo Desmoulins no cesaba de vocear y de hablar á aquella multitud. «¡Pueblo generoso, pueblo desgraciado,—exclamaba,—te engañan, te pierden, y sacrifican á tus mayores amigos! ¡Reconocedme, salvadme! ¡Yo soy Camilo Desmoulins! ¡Yo soy el que os llamó á las armas el 14 de Julio! ¡Yo soy el que os dió esa escarapela nacional!» Al mismo tiempo hacía esfuerzos desesperados con los hombros para romper sus ligaduras, con lo cual hizo añicos de tal modo sus vestidos y su camisa, que su cuerpo delgado y huesoso aparecía casi desnudo encima de la carreta. Desde el día que guillotinaron á madama Dubarry no se habian oido tales gritos ni contemplado semejantes convulsiones en la agonía. La multitud respondía con insultos á aquellos gemidos. Sentado Danton al lado del jóven Camilo, le hacía volver á sentarse y le afeaba aquella inútil explosión de desesperación y de súplicas. «Permanece tranquilo,—le decía en voz baja,—y no hagas caso de esa vil canalla.» En cuanto á él, imponía á la multitud, no con palabras, sino con su indiferencia y su desprecio. Al pasar por debajo de las ventanas de la casa que habitaba Robespierre, el gentío redobló su clamoreo como para tributar homenaje á su ídolo por el suplicio de su rival. Las ventanas de la casa de Duplay se cerraron á la hora en que habitualmente pasaban las carretas por la calle. Aquellos gritos hicieron mudar de color á Robespierre, y se alejó de los aposentos desde donde podía oírlos. Confuso por tanta implacabilidad, humillado al contemplar la sangre que caía con tanta frecuencia y tan justamente sobre él, sintió dolor ó vergüenza. «¡Este pobre Camilo,—dijo,—á quien no he podido salvar! Pero él ha querido perderse. En cuanto á Danton,—añadió,—sé muy bien que me abre el camino; pero es indispensable que, inocentes ó culpables, demos todos nuestras cabezas á la república. La revolución reconocerá á los suyos al otro lado del cadalso.» Fingia enternecerse por lo que él llamaba las crueles exigencias de la patria.

Herault bajó el primero de la carreta, y con el arranque y la sangre fría de una amistad que dirige el corazón hacía el corazón, aproximó su cara á la de Danton para besarle. El verdugo los separó. «¡Bárbaro,—le dijo Danton á éste.—